

## Nuestro Obispo

### Huellas de un ilustre manisero en la Villa de Enguera

Descorro las cortinas del tiempo y aparece mi pueblo –mi pueblo natal– en fiesta, una villa roquera y secana, que espera al Obispo. Y llega el Obispo: ancho, cristobalón, barbitordillo, de rostro franco y campechano, curtido por los soles de La Guajira y los vientos andinos. Y con él, familiares con hábito capuchino y nombres valencianos gratos a nuestro corazón: Fray Vicente Boluda,, Fray Antonio Giner, Fray Miguel de Almusafes... Caminan –él delante– por una alfombra de adelfas y hierbabuena, camino de la iglesia parroquial, el camino que caminase una vez el siervo de Dios Casimiro Barello. Caminan –él delante– y llueven de balcones y terrazas vivas al Obispo y pétalos de flores desgranadas. La música perecía entre el clamor gregario. Mandaba entonces Primo de Rivera, y los somatenes, colaborando con la municipalería, hundías las aguas multitudinarias, como la quilla de un acorazado; y por el surco trémulo, avanzaba el Obispo Soler y su cortejo.

Yo me veía desde el balcón del Hostal, mi casa, enjaulado entre barrotes de hierro y piernas de



mujer –mi madre, mi tía, mi chacha–, envidiando desde mi jaula a los niños de las escuelas nacionales y a los del colegio de teresianas que, agitando banderitas de papel, subían calle del Señor arriba, hacia la Arciprestal.

LA MÚSICA.– ¡Tachín, tachín, tachín...!

UN EXALTADO.– ¡Viva el señor Obispo!

EL PUEBLO.– ¡Viva!

LAS CAMPANAS.– ¡Don dolondón!

Y el Obispo Soler, descollante y barbudo, impartía saludos y bendiciones, y la ancha cordialidad de su sonrisa pueblerina, menestral y campesina, pastoral y patriarcal. Sonrisa pronta a la risa –tan grata al pueblo– de barón que adoctrina a los niños y a los indios, y brinda en las pulquerías, junto al minero y al llanero, por el don maravilloso de la salud.

Aquella tarde inolvidable, el Obispo me confirmaba el nombre: Emilio, Emilio... Nadie en mi casa deseaba llamarme de otra forma. La chacha me llevó a la iglesia, muy a última hora, y yo lloraba de miedo junto a aquel gigante purpurado que decía sobre mi cabeza unas

palabras que a mí me parecieron entonces puro cabalismo.

Al día siguiente en los claustros de las viejas escuelas, en las placetas, o en cualquier lugar donde se juntasen dos o más niños, se jugaba a la parodia de la confirmación –“Yo seré el obispo, y tú después”–, bajo la bula jovial del Dios de las Alturas, alineando las palabras rituales de modo pintoresco: “Yo te confirmo con agua de Roma. Y para que te acuerdes, ¡toma!”. Y dicho esto, restallaba en una mejilla del confirmadito una bofetada, cuya inocuidad quedaba a discreción del niño obispo. Esto por lo que respecta a mis recuerdos.

Teresa, la que es hoy mi mujer, tenía entonces un tío canónigo, Don Antonio Marín, compañero de seminario muy querido del Obispo Soler, y a cuyas gestiones se debió sin duda que el ilustre manisero fuese a confirmar a los enguerinos. Don Antonio residía a la sazón en Enguera, en una confortable casa que aún existe, donde nos consta que el Obispo Soler se alojó en más de una ocasión, teniéndola por propia. Don Antonio también era un buen mozo, robusto y saludable, y había que ver a los dos amigos despachándose uno ajoarriero o unos gazpachos de perdiz. Y reír. Y gozar la incomparable felicidad del reencuentro. Y recuerdo haber visto, no sé en qué lugar de aquella casa, fotografías de aquellos dos sacerdotes, desde la fecha germinal de su amistad en el seminario, hasta ya bien cuajada, cuando maduros ambos, se veían en plena

ostentación de sus respectivas jerarquías. Y he visto también, en no sé qué boletines hallados en un cajón, imágenes del insigne capuchino donde aparecía en imágenes de aspecto aterrador... y sonriendo sin embargo. Él siempre reía o sonreía. Tenía el antiguo secreto de la fuerza, de la virtud y de la inteligencia encerrado en el cobre ebúrneo de la alegría.

Por su parte, Teresa, mi mujer, se acuerda perfectamente de otros detalles del señor Obispo, en especial de su arrebatadora simpatía, circunscrita entonces, a su entender de niña, en un determinado lugar de su persona, la frente. El Obispo Soler, por la doble circunstancia de su amor a los niños y su afecto por su amigo el canónigo, hacía objeto a Teresa de los embromamientos y fiestas regocijantes, pues el Prelado tenía esa virtud milagrosa de transmutarse en niño con los niños sin que su voluntad tomase parte, porque era esa su naturaleza. Y en estas ocasiones esa su rodilla el caballito de Teresa o de cualquiera de sus primas; pero de Teresa en especial. Teresa le llamaba “mi obispo”. Esta anécdota, aparentemente trivial, no tendría la menor importancia si el sujeto fuera persona a la que no diese cuidado su formal compostura. Teresa me relata la broma preferida del Obispo, en cuya ejecución, por lo visto, demostraba una singular destreza. Dirigiéndose a la niña, le decía muy serio, después de mirarla fijamente:

- ¿A que te adivino el pensamiento?

Teresín le miraba con los labios en O.

- Tú quieres que te dé una perra, ¿verdad?

Había dado en el clavo, pero Teresín, de puro avergonzada, no se atrevía a confirmarlo. Entonces, el Obispo, se sacaba una perra chica de entre el follaje indumentario y se la llevaba a la frente, donde la ponía, firmemente engastada entre las arrugas, como un brillante.

- Cuando caiga será tuya.

Y fingía atender en otras cosas. Y Teresa se quedaba diez, veinte, treinta segundos que a ella se le antojaban horas, expectante, sin aliento, aguardando que el cobre cayese de la frente como una fruta madura. En los ojos del Obispo rebailaban los brillos de sus mil amorosas travesuras perpetradas entre los indiecitos del trópico, y relucía entre sus arrugas el redondo sol de cobre, no como ojo de cíclope, sino como “gracia de Dios”, según suele rezar en las monedas. Y entonces, en aquella frente, se prestigiaban las palabras de Jesús acariciando a los niños.

Por todas estas cosas, el Obispo Soler ocupa un lugar predilecto en el corazón de nuestra familia, donde sigue siendo “nuestro obispo”. Así nos vimos vinculados por primera vez a Manises, donde quién iba a decirnos acabaríamos empadronados. Plantado ante el monumento al Obispo, me recrimino ahora no haber referido estas cosas en su día al señor Pérez Contel, antes de fundir el bronce.

Teresa, por su parte, aún espera que caiga de la frente del Obispo alguna de aquellas maravillosas monedas. De lo narrado no hay más pruebas que las archivadas en el recuerdo. Pero nada es leyenda. Bien lo sabe nuestro Obispo.



**Emilio Granero Sancho**  
*Revista Enguera, 1969*